

Roberto Kretchmer Schmid

Era un conversador incansable y extraordinario. No sólo podía establecer diálogos y pláticas siempre interesantes y llenas de contenido, sino que una de sus facultades más singulares era la capacidad de mantener, durante períodos particularmente prolongados, monólogos en los que establecía de manera paulatina, progresiva e irreversible una verdadera comunión con sus escuchas.

Por ello quienes tuvieron contacto con él alguna vez en sus vidas seguramente se enriquecieron con sus comentarios; pero quienes tuvimos el honor, el placer y la distinción de conocerlo hemos recibido aportaciones que forman parte integral de nuestro pensamiento, lo que explica por qué a pesar de no poder oír su voz a partir del 22 de marzo de este año, seguimos escuchándolo a diario.

El Dr. Kretchmer poseía una serie de características peculiares, que pudo amalgamar con tal arte, que difícilmente hay muchos otros que le igualen.

Fue uno de los investigadores nacionales con ideas más claras sobre los objetivos, metodología, eficiencia, eficacia, práctica y utilidad de la investigación, como lo atestiguan sus numerosos trabajos originales, que han aportado conocimientos de gran valor a la medicina mexicana y mundial.

Supo combinar esta actividad con el ejercicio de la Pediatría, a la que imprimió un sello muy particular, dando especial importancia no sólo a una medicina preventiva y curativa de muy alta calidad, sino a la orientación y educación de los padres, a quienes a través de sus comentarios, inducía a encontrar respuestas propias ante problemas particulares.

Fue un melómano extraordinario, que no sólo se contentaba con disfrutar la interpretación instrumen-

tal de la música; conocía en detalle condiciones y características somáticas, afectivas, sociales y culturales del autor, del director y de los solistas que intervinieron en el proceso de creación, adaptación y ejecución de la música, lo que le permitía expresar juicios y críticas de gran valor.

Fue un lector incansable e insaciable y además, poseedor de una inteligencia y memoria privilegiadas, capaz de comentar textos completos de los más connotados pero también de los más controvertidos pensadores, al tiempo que comparaba sus ideas con las de muchos otros, extrapolando con gran facilidad al análisis de situaciones cotidianas o extraordinarias de la vida.

También fue un gourmet consumado y degustador insaciable que convertía la comida en un placer igualable sólo a la lectura, la filosofía, la música y la conversación. Compartía sus gustos y preferencias de manera equitativa con cualquiera que estuviera dispuesto a acompañarlo a paladear platillos y bebidas, desde los más sencillos hasta los más sofisticados, siempre y cuando al final hubiera un buen pastel de chocolate.

Lo conocí desde 1987, cuando inicié mi colaboración con el Grupo Médico Pediátrico. Mi primer encuentro con él fue un domingo de marzo de ese año cerca de las once de la mañana, cuando yo entraba y él salía de una librería de la avenida Miguel Ángel de Quevedo. Después de conversar brevemente sobre nuestros gustos literarios y musicales, me invitó a tomar un café en ese mismo local para tratar de convencerme de la superioridad de Wolfgang Amadeus Mozart sobre Ludwig van Beethoven. Dispuesto a establecer una conversación para demostrar la validez de mis ideas, acepté con gusto y aunque sigo prefiriendo a Beethoven sobre Mozart, en ese encuentro participé en un diálogo de 15 minutos y disfruté de un monólogo de más de cinco horas en el que analizó los aspectos musicales, filosóficos y cul-



turales, que interrumpía ocasionalmente para pedir más pastel de chocolate; cambiaba de tema para comparar este platillo con otros semejantes que había degustado en otros establecimientos de la ciudad de México, del país y del extranjero.

Supe entonces, su amor y admiración por Venecia; sus preferencias por los autores de obras musicales y filosóficas alemanes sobre las de los italianos, franceses y los de México. Me enteré de que egresó con Mención Honorífica de la carrera de Medicina; de su inconformidad con el conformismo y con las condiciones políticas, económicas y sociales de los mexicanos; conocí su pasión por el trabajo, el respeto al derecho de los niños para mantener una salud integral y las dificultades que había que superar para poder realizar investigación.

Ocho horas después de ese encuentro, alrededor de las dos de la mañana, me llamó por teléfono para preguntar si ya había terminado de leer un libro que me recomendó sobre la música alemana de los siglos XVIII y XIX y me invitó a acudir a esa hora al hospital ABC para analizar el caso de un recién nacido con problemas para mantener niveles normales de glucemia. Media hora después y tras haber encontrado una solución sencilla y estabilizado al paciente, mantuvimos un diálogo de cerca de tres horas sobre

la importancia de analizar al paciente y sus condiciones antes que analizar los resultados de laboratorio. Descubrimos que teníamos preferencias compartidas por trabajar después de la puesta del sol cuando disminuían la temperatura y el ruido ambiental; para dar consulta durante todo el tiempo que cada paciente requiere y considerar que un día de 24 horas es un tiempo insuficiente para realizar las actividades cotidianas. Coincidíamos en que tres o cuatro horas de sueño al día eran suficientes para descansar y para no desperdiciar el tiempo, por la dificultad que existe en ocasiones para diferenciar las cosas banales de las verdaderamente trascendentes.

A partir de entonces, en innumerables ocasiones tuve la oportunidad de compartir diagnósticos y planes de tratamiento, tiempos y espacios, diálogos y análisis, pero sobre todo el privilegio de escuchar al Dr. Kretchmer, quien no deja de sorprenderme y causarme admiración.

De marzo a la fecha se le han realizado homenajes en diversos ámbitos e instituciones, que van desde los más formales, como el de la Universidad Nacional Autónoma de México hasta los más personales, como el realizado por el Grupo Médico Pediátrico en el Museo del Niño. En todos se ha expresado por médicos, enfermeras, investigadores, maestros, funcionarios públicos, compañeros de trabajo, pacientes, madres y padres de pacientes, en fin, por toda la gama de personajes y personalidades quienes tuvimos la fortuna de conocer al Dr. Kretchmer, la importancia y la trascendencia que él tuvo en nuestra vida.

Sirvan estas pocas ideas para rendir homenaje a un hombre que por haberse sabido incorporar tan profundamente en el pensamiento de muchos de nosotros, permanece inevitablemente vigente e intemporal.

Dr. Raúl Calzada León

*Jefe del Servicio de Endocrinología,
Instituto Nacional de Pediatría*